EL PAÑUELO BLANCO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

MADRID.
EL TEATRO Y ADMINISTRACION LÍRICO-DRAMÁTICA.
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1870.

A mi muy qdo. am.° y comp.° D. José Marco, recuerdo de

E. Blasco

EL PAÑUELO BLANCO.

EL PAÑUELO BLANCO,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ORIGINAL DE

EUSEBIO BLASCO.

Representada por primera vez en el Teatro Español, la noche del 10 de Diciembre de 1870.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1870.

PERSONAJES.	ACTORES.
CLARA (32 años)...........	Doña Matilde Diez.
LA CONDESA (25 años).....	Doña Elisa Boldum.
EL CONDE (29 años)........	Don Manuel Catalina.
ROSITA (5 años)............	Doña Clotilde Domingo.
UN CRIADO................	Don Julian Castro.
UN PASANTE DE COLEGIO.	Don Ramon Menor.

La accion es contemporánea. Se supone que dura desde las nueve á las doce y media de la noche.

ACTO PRIMERO.

El gabinete de la Condesa. Es de noche. En el centro un velador de costura y un quinqué. Rosita está bordando en un pañuelo blanco, y la Condesa, mirándola, inclinada sobre la labor.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA, ROSITA.

COND. No, asi no. Así: no tuerzas la mano y verás como lo haces mucho mejor. Así, eso es; así va muy bien.

ROS. Me canso, mamá.

COND. Vamos, perezosilla, que no es para tanto. Algun mal rato has de darte para contentar á papá.

ROS. Bueno.

COND. Sigue así y verás qué pronto acabas.

ROS. Así, mamá?

COND. Así; ¿no ves, mujer? Si es muy fácil!

ROS. Sí, fácil; pues no es tan fácil. Ninguna niña de mi colegio ha hecho todavía una marca como esta.

COND. Pero tú la haces porque sabes más que todas.

ROS. Verdad que sí?

COND. ¡Ya lo creo!

Ros. Ay, ya no sé cómo...

Cond. Trae. (Le enmienda la labor.) Toma.

Ros. ¿Sigo?

Cond. Pues es claro! Si ya no falta casi nada.

Ros. ¡Tengo sueño!

Cond. Vaya por Dios! En ménos de cinco minutos puede quedar la obra concluida.

Ros. ¿Y despues?

Cond. Despues se la entregaremos á papá, porque mañana son sus dias.

Ros. Ya lo sé.

Cond. Eso es; mañana son los dias de papá. ¿No sabes tú qué santo es mañana?

Ros. Ya lo creo. San papá!

Cond. No, mujer! (Riendo.) San Fernando.

Ros. ¡Ah! Pues la doncella de casa es de San Fernando, que dice que es un pueblo que hay junto á Cádiz.

Cond. Cierto.

Ros. Entónces, mañana tambien son los dias del pueblo de la doncella.

Cond. No, hija mia, no. (Riendo.)

Ros. Ah, conque no?

Cond. Vamos, trabaja!

Ros. Han pasado ya cinco minutos?

Cond. No. Acaba, Rosita, acaba.

Ros. ¡Vaya con el pañuelo de papá!

Cond. Cuando él sepa el trabajo que te ha costado, ya verás qué regalo te hace tan bonito.

Ros. Á mí me da vergüenza darle el pañuelo.

Cond. ¿Por qué?

Ros. Porque como casi nunca veo á papá, me da vergüenza verle.

Cond. (Tiene razon.) Es que papá está muy ocupado, y por eso no viene por acá. Yo le daré el pañuelo de tu parte.

Ros. Dí, mamá...

Cond. ¿Qué?

Ros. ¿Quieres tú á papá?

Cond. Mucho, hija mia.

Ros. ¿Pues por qué no te quiere él á tí?

Cond. ¿Quién te ha dicho eso?

Ros. La doncella.

Cond. ¿De veras?

Ros. Y todos los de la casa.

Cond. (¡Dios mio! qué vergüenza!)

Ros. Y yo, que lo veo.

Cond. Pues ¿qué ves tú?

Ros. Toma, que nunca te saca á paseo ni á ninguna parte; y todas las niñas de mi colegio que tienen papá y mamá, van al Prado con ellos y al teatro... y ayer estabamos jugando al corro en el Prado, y me decian á mí las otras niñas:—«Esta niña no tiene papá.»

Cond. (Muy conmovida.) ¿Te decian eso?

Ros. ¡Vaya! Y yo dije:—«Pues sí que tengo papá; sí, señora que le tengo.» Son muy fastidiosas esas niñas, verdad. Y entónces dijo otra niña:—«Sí que tiene papá, que le conozco yo, y viene mucho á mi casa, porque es muy amigo de mi mamá, y le trae flores y papeles de música.

Cond. (Muy inquieta.) ¿Quién dijo eso?

Ros. Paulinita Perez.

Cond. ¿Perez? Su mamá es viuda, verdad?

Ros. Sí.

Cond. Vamos, acaba, acaba. (No me habian engañado los que aseguraban que Fernando hacia el amor á esa mujer.)

Ros. Ea, ya está bordado esto.

Cond. ¿Ves? Ya está concluido. Ahora te vas á jugar un rato, y ántes de que te vayas á dormir yo me encargo de entregar á papá el pañuelo.

Ros. Bueno.

(La Condesa tira del cordon de la campanilla. Entra un criado.)

Cond. Avise usted á Juana para que entretenga un poco á la niña. Anda, hija mia, á descansar, que ya lo mereces.

(Aparece la doncella en la puerta)

Ros. Voy al colegio mañana?

Cond. ¿No quieres ir?

Ros. ¡Como son los dias de papá!

Cond. Pues no irás.

Ros. Bueno. Y dile que si no te quiere, ya no le bordo otro pañuelo.

Cond. Sí que se lo diré!

Ros. Hasta luego, mamá.

Cond. Hasta luego, hija mia. (La Condesa le da un beso y la niña se va corriendo y saltando á reunirse con el aya.)

ESCENA II.

La CONDESA.

¡Pobre hija mia! su natural inocencia acaba de hacerme la revelacion de un suceso que yo presentia. No es un secreto para nadie que Fernando no me ama; los criados lo dicen sin temor delante de mis hijos, y es cosa indudable que el rumor de mi decepcion habrá corrido por todo Madrid. Fortuna, posicion, abundancia, de qué me servis si mi corazon está solo y desamparado? Y yo, tonta de mí, no queria creer lo que la indiscrecion de algun amigo oficioso venia á decirme al oido. Mi marido galantea á la viuda de Perez... oh! Y ya esto es ocasion de hablillas entre los niños... la niña de la viuda tiene más edad que la mia... y quién sabe lo que habrá dicho? (Pausa.) Hoy hace quince dias justos que mi esposo no se ha presentado por acá. Le he enviado mis quejas con uno de sus más íntimos amigos. Si viniera... yo le presentaria el regalo de su hija, y tal vez de este modo le hiciera pensar en ella y en Cárlos. Dos niños tan hermosos y tan poco amados por él... ¿Es posible que la diversion halague tanto que nos haga olvidar estos pedazos de nuestro corazon?

ESCENA III.

La CONDESA, el CONDE.

El Conde, que viene vestido como para ir á un baile, asoma por la puerta del foro y dice.

CONDE. ¿Se puede?

COND. (¡Ah! él!)

CONDE. Buenas noches, esposa.

COND. Buenas noches, Fernando. No entras?

CONDE. ¿Vengo á estorbarte?

COND. No, hijo mio, entra.

CONDE. (Entra tarareando y deja el abrigo sobre una silla.) Tra, lara, lá... Hola, este piano es nuevo. Y estas cortinas... *pas mal, pas mal.* Me gustan estas novedades.

COND. Como no tienes costumbre de entrar...

CONDE. Es verdad; todo se me hace nuevo. Qué es eso, estás triste?

COND. (Disimulando.) No.

CONDE. Juraria que no estás alegre.

COND. No.

CONDE. ¿Sabes una cosa?

COND. ¿Qué?

CONDE. Que siempre que entro en tu cuarto se me olvida que soy tu marido.

COND. Y qué crees que eres?

CONDE. Tu amante.

COND. (Cree haberme dicho una galantería.) Marido ú amante, yo tengo mucho gusto en verte á mi lado.

CONDE. Pero, dime, no sales esta noche?

COND. No.

CONDE. Recibes?

COND. Los viernes; ya sabes.

CONDE. Qué tienes, Matilde?

COND. Tengo pena.

CONDE. Y por qué?

COND. Porque se me figura que nuestro hijo no está bueno.
CONDE. ¿Sabes algo?
COND. El director del colegio me envió á decir ayer que el niño estaba un poco delicado.
CONDE. Bah, el cambio de tiempo.
COND. ¿Crees?...
CONDE. Los chicos tienen siete vidas.
COND. En el colegio extrañan no haberte visto aún.
CONDE. Tienes razon, yo no he tenido tiempo de ir á ver al muchacho; estoy tan ocupado...
COND. Como hace ya dos años que está en el colegio...
CONDE. Dos años! Cómo se pasa el tiempo... parece que era ayer... Dime, llevo bien hecho el lazo de la corbata?
COND. (Incomodada.) Sí, muy precioso.
CONDE. Y el pantalon no te parece demasiado estrecho? (Mirándose al espejo.)
COND. Bien está.
CONDE. En fin, mujer, qué tal te parezco?
COND. Muy guapo.
CONDE. Sí, eh? (Con tal que las demas opinen lo mismo...)
COND. Sabes que la niña?...
CONDE. Qué hace la niña?
COND. Me ha preguntado por tí.
CONDE. Hace dias que no la veo.
COND. (Aquí del regalo.) Si vieras, está tan mona...
CONDE. Me parece que su padre no es ningun monstruo.
COND. Todos me dicen que es encantadora.
CONDE. ¿Estoy bien peinado?
COND. Sí; pues la niña...
CONDE. Déjate ahora de niños, mujer; hazme otro lazo.
COND. Pero dónde vas que tanto te compones?
CONDE. Al baile de la embajada inglesa.
COND. Ya.
CONDE. Va mucha gente.
COND. Ya lo creo.
CONDE. De veras no vas tú?
COND. No.

CONDE. (Cuánto me alegro! Es cuanto deseaba saber, y me largo.)

COND. Si tú te empeñas...

CONDE. No, yo no!

COND. En ese caso...

CONDE. Con que buenas noches, hijita.

COND. (Muy cariñosa.) No te vayas. Quédate aquí un poquito... quieres? Yo te preparaba una sorpresa...

CONDE. ¡Uf! Qué sombrero he cogido yo? Á ver, Francisco!

CRIADO. Señor.

CONDE. Trae un sombrero *claque* que hay sobre la mesa de mi cuarto. Soy lo más distraido... (Deja sobre el veladbr el sombrero.)

COND. Con que te quedas un poco, verdad, Fernando? (Ahora mismo le doy el pañuelo.)

CONDE. Es muy tarde ya.

COND. Supongo que no irás á encender las luces.

CONDE. No, pero figúrate que tuviera que ir ántes á otra parte.

COND. Vamos, quédate! (Poniéndole las manos en el hombro.)

CONDE. (Desasiéndose.) Hija mia, ya sabes que yo no te privo de ir donde quieras. Me parece que esta libertad ha de ser recíproca... eh?...

COND. (Muy triste.) Nada más justo.

CONDE. Qué sorpresa me preparabas?

COND. No sé.

CONDE. Tú me lo has dicho.

COND. Pues me habré equivocado. (Arrojando disimuladamente sobre el velador el pañuelo.)

CONDE. Ea, addio. Dí, no tenias tú unos walses alemanes nuevos?

COND. Sí, ya sé cuáles!

CONDE. Unos que hacen...

COND. Estos. (Se sienta al piano y toca un wals.)

CONDE. ¡Eso es! Bravo! Dámelos. Me los han pedido por dos ó tres dias...

COND. Quién, la de Perez?

CONDE. (Haciéndose el distraido.) Cómo?

Cond. (¡Cierto era!)
Conde. ¿Qué dices de Perez, chiquita?
Cond. Nada.
Conde. Perdona, esta vez he oido perfectamente.
Cond. Pues bien, preguntaba si los walses eran para la señora de Perez.
Conde. Y por qué te figuras?...
Cond. Por qué... porque sé que le gustan.
Conde. Como que son preciosos. La! lara, lá... preciosos! Y tú los tocas admirablemente.
Cond. Mejor que ella?
Conde. Que quién?
Cond. Que la de Perez.
Conde. ¿Quieres un recibito?
Cond. Dispensa.
Conde. Te se puso hablar de eso!
Cond. Pues te aseguro que si yo fuera hombre no me moriria por ella.
Conde. Hija, para morirse siempre hay tiempo. (Saca un pañuelo con una cenefa de listas azules para limpiarse el bigote.)
Cond. (¡Ah!) Dime, Fernando...
Conde. (Guardando los walses y el pañuelo.) Habla de prisa, porque es tarde.
Cond. Vas al baile con un pañuelo de cenefa?
Conde. Si señora, con un pañolito de cenefa.
Cond. Y si yo te lo cambiara por uno blanco?
Conde. Blanco, eh?
Cond. Con tus iniciales y tus armas bordadas de color de café.
Conde. Pues estaria bonito!
Cond. ¡Eh!
Conde. No, hija, no guárdate esa monada. Yo llevo este pañuelo... eh? Esto es un pañuelo!
Cond. Muy feo.
Conde. ¡Feo!
Cond. Dónde has comprado eso?
Conde. En ninguna parte.
Cond. ¡Ah! te lo han regalado? (Con inquietud.)

CONDE. Sí señora.
COND. ¿Y quién?
CONDE. ¡Uf! Eso si que está mal. Eso es impolítico.
COND. Poco me importa. (Rapidez hasta el final de la escena.)
CONDE. Ea, hasta luego. (Marchándose.)
COND. Espera. (Deteniéndole.)
CONDE. Si no he de decirlo!
COND. Pues yo creo... (Muy incomodada.)
CONDE. No te molestes!
CRIADO. La señora de Antunez.

ESCENA IV.

El CONDE, la CONDESA, CLARA.

CLARA. Muy buenas noches. (Va á besar á la Condesa.)
CONDE. Oh, señora, cómo está usted?
CLARA. Gracias, y ustedes? ¿Y tú?... ¿Lloras?
COND. (¡Chist!)
CLARA. (Hola, se estaban peleando.)
CONDE. Llega usted á tiempo.
CLARA. ¿Pues qué pasa?
CONDE. Figúrese usted que mi mujer se ha incomodado conmigo hasta el punto de no quererme dejar salir porque no le he dicho quién me ha regalado una cosa.
CLARA. Y de qué se trata?
CONDE. De un pañuelo.
CLARA. Á ver ese pañuelo.
CONDE. Ahí lo tiene usted. (Enseñándoselo.)
CLARA. Ah, sí. Este es el que estaba bordando la viuda de Perez.
CONDE y COND. ¿Eh?
CONDE. (Nos caímos.)
COND. Estás segura?
CLARA. Segurísima.
CONDE. ¿Y en qué lo ha conocido usted?
CLARA. ¡Uf! Este pañuelo se empezó á bordar para regalárselo á un amigo mio, que no lo recibió porque se marchó al

extranjero. Despues era para el conde Korf, un secretario de embajada que hizo el amor á nuestra amiga: cuando ésta se disponia á acabarlo, el conde ruso desapareció; despues era para un teniente de estado mayor que se murió tísico; despues para el tenor Mario; despues...

CONDE. Basta, por Dios.

CLARA. Si le digo á usted que ha estado destinado á media Europa! Haciendo y deshaciendo iniciales se pasa esa señora la vida.

CONDE. Señora...

CLARA. Usted ha tenido más fortuna, porque ha logrado ver concluida la obra. La ha heredado usted?

CONDE. Eh?

CLARA. Já. já, já! (Ríete como yo.) (Á la Condesa.)

COND. Já, já, já! (Esforzándose por reir.)

CONDE. Pero, señor, no parece sino que no hay más que un pañuelo en el mundo!

CLARA. Lo que es como ese, no.

CONDE. Por qué?

CLARA. Porque es muy feo.

CONDE. (¡Tiene esta señora unas cosas!...)

CLARA Azul! Yo detesto lo azul.

COND. Y yo.

CLARA. ¡Eh? Tambien ella. Y todas las personas de buen gusto. Usted estaba muy hueco con su regalo y no queria declarar el nombre de la incógnita.

CONDE. Es que niego terminantemente...

CLARA. Conde, es inútil. Todos sabemos que usted se pasa la vida haciendo el tonto á todas las mujeres que encuentra al paso.

CONDE. Señora...

CLARA. Á todas, ménos á esta, que es un ángel. Por supuesto que ella se tiene la culpa. Bien dice el refran, que todos los pícaros tienen fortuna.

CONDE. (Yo no he visto nunca una manera de hablar parecida.)

CLARA. Mi marido podia hacer lo que usté, y habia de ver lo

que era bueno. Verdad es que el pobre no tiene mucho que agradecerle á Dios, y aunque se dirigiera á las mujeres no sacaria partido, pero así y todo, si yo supiese la cosa más insignificante... Y á propósito de mi marido, Conde, tengo que pedirle á usted un favor.

CONDE. (Pues estoy yo bueno para hacer favores.)

COND. Oyes, Fernando?

CONDE. Oh, sí, señora, sí!

COND. Dicen que tiene usted influencia con esta gente que manda; me va usted á ascender á mi esposo. Yo estoy ya cansada de ser brigadiera, y él quieto que quieto.

CONDE. Señora, yo veré.

COND. Hágalo usted por mí, hombre. Es una ridiculez que yo no sea más que brigadiera!

COND. Tú mereces más.

GONDE. (Yo bien sé lo que merece.)

CLARA. ¿Verdad que sí?

COND. Tú tan hermosa, tan jóven, tan...

CONDE. ¡Tan *chic*! (Burlon.)

COND. Una mujer que impone la moda...

CLARA. Pues ya ves tú que con el sueldo de un brigadier no hay para alfileres. Conque es cosa hecha, verdad, conde? ¡Qué apreton de manos he de darle á usted!

CONDE. ¡Hola!

CLARA. No sabe usted cuánto se lo agradeceria; y á todo esto. vienes al baile ó no?

COND. No.

CLARA. Y por qué no, mujer?

CONDE. (Mi mujer está trinando.)

COND. Porque no puedo.

CLARA. Caballero, lleve usted á su señora al baile.

CONDE, Yo? Yo no obligo á nadie. Que vaya si quiere.

CLARA. Qué amable es usted, hombre! Bien que un hombre que lleva un pañuelo con listas azules...

CONDE. Pero, señora...

CLARA. Es capaz de todo.

CONDE. (¡Me está poniendo nervioso!)

CLARA. ¿Conque no vienes, eh? Lo siento de veras. Apuesto á que está disgustada. Qué es ello? Alguna picardía de usted. Le digo á usted que hay que convenir en que estos maridos son insufribles. ¡Uf! Qué gente! Señores, muy buenas noches. Adios, hija mia, adios, te compadezco. Abur, amigo. Qué no pierda usted esa monería!

ESCENA V.

El CONDE, la CONDESA.

CONDE. Tienes unas amigas... que... francamente...

COND. ¿Y qué quieres? Cada cual es como Dios le ha hecho.

CONDE. Lo ménos te figuras tú que el pañuelo me lo ha regalado la de Perez.

COND. No.

CONDE. La verdad!

COND. Cuando tú no lo confiesas será porque no es cierto.

CONDE. Se te conoce en la cara que estás disimulando.

COND. ¡Qué idea!

CONDE. Y es una tontería no hablarme claro.

COND. Te empeñas en ello?

CONDE. Sí.

COND. Pues habrá que darte gusto.

CONDE. Ah, conque tú crees que ha sido ella?

COND. Sí.

CONDE. Vamos á ver, y aunque así fuese, qué tendria de particular?

COND. ¡Nada!

CONDE. ¿Verdad?

COND. Por eso me extraña que quieras negarlo.

CONDE. Negarlo?

COND. Acaso lo has confesado?

CONDE. ¿No?

COND. No.

CONDE. Ah, no?

COND. No.

CONDE. Pues... efectivamente, ella ha sido. (Pausa. La Condesa queda mirando al suelo.) Eh? decias algo?

COND. No. (Haciendo esfuerzos extraordinarios para disimular.)

CONDE. Ea, buenas noches, ya volveré por aquí. (Se va precipitadamente. Cuando ya está en la puerta la Condesa le llama de pronto.)

COND. Fernando!

CONDE. ¡Eh!

COND. No me dejes así. (Muy triste.)

CONDE. ¡Así! ¿Pues qué pasa? Cualquiera diria que estamos disgustados... y despues de todo... qué demonio! Le bordan á uno un pañuelo, lo coge, se lo mete en el bolsillo y pare usted de contar. Eh? digo yo!

COND. Díme, Fernando.

CONDE. Qué, hija mia? (Esforzándose por aparecer cariñoso.)

COND. Si yo te pidiera ese pañuelo ¿me le darias?

CONDE. ¡Psth! Y para qué te sirve á tí eso? Uf! las nueve y media! Me voy corriendo.

COND. Espera. Regálamelo.

CONDE. Lo vas á usar tú?

COND. No lo usas tú?

CONDE. Mujer, no es lo mismo.

COND. Bueno, si no le uso, le echaré al fuego, pero dámele.

CONDE. ¡Ah! Por fin hablaste claro! Conque al fuego? Pues mira, yo tambien te voy á hablar claro. No quiero.

COND. Estás en tu derecho.

CONDE. ¡Ya lo creo!

COND. Pero es muy triste que todo el mundo te vea usar esa prenda que otra mujer te ha regalado.

CONDE. No parece sino que voy á ir diciendo por la calle: ¡Eh! caballero, mire usted qué pañolito me ha regalado ayer la señora de Perez!

COND. Fernando, yo te lo suplico.

CONDE. Pero qué tontería! (Desde este momento la escena debe hacerse con mucha rapidez y alzando progresivamente la voz ambos personajes.)

COND. ¡No tengo celos, pero hazme ese regalo!

CONDE. ¡Dale!
COND. Quieres que tenga celos de veras?
CONDE. No hay motivo.
COND. ¿Por qué, pues, me atormentas?
CONDE. ¡Son niñadas tuyas!
COND. ¡Te lo ruego! (Cogiéndole las manos.)
COND. ¡Es una terquedad!
CONDE. ¡No es sino cariño!
COND. ¡Suéltame! (Forcejeando.)
COND. ¡Mírame de rodillas! (Arrodillándose.)
COMDE. ¡Qué obstinacion! (Irritado.)
COND. ¡Por Dios te lo suplico!
CONDE. ¡Quita!
COND. ¡Por nuestro amor!!
CONDE. ¡Eh! Qué tontería! (Se desase de ella de un tiron; la Condesa cae de bruces sollozando. El Conde se va precipitadamente á buscar el abrigo y el sombrero. En este momento sale la niña y va corriendo hácia su padre.)

ESCENA VI.

El CONDE, la CONDESA, ROSITA.

ROS. Papá, papá, llevas el pañuelo?
CONDE. ¡Ah! tambien tú? Quita, niña, quita! (La echa de sí y sale precipitadamente. La niña va corriendo hácia su madre, que la recibe en sus brazos y la besa llorando.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion. La Condesa leyendo para que oiga la niña. La niña de rodillas en una silla, apoyando los brazos en el velador oyendo la lectura.

ESCENA PRIMERA.

La CONDESA, ROSITA.

COND. (Leyendo.) «El príncipe era de natural violento, y solia »reprender duramente á todo el que vivia á su lado; »defecto gravísimo, no solamente en una persona de »sangre real, que por lo mismo que está sobre todos »debe tratar á todos con benevolencia, sino en cualquiera otra persona. Notad bien cuán desgraciado es »aquel que no vive sino para maldecir y tratar mal á »sus semejantes. Acaba por ser odiado de cuantos le »rodean. El príncipe no habia querido atender los consejos de sus preceptores y llegó á la edad de veinte »años con todos los malos instintos que la educacion »debe corregir en la infancia. La princesa, su esposa, »que debia ser el objeto de todas sus atenciones, sufria »en silencio el abandono á que el príncipe la habia condenado; y así vivia sola y desamorada porque el prín-

;

»cipe desdeñoso y desordenado no hacia caso alguno de »ella.»

ROS. Dí, mamá.

COND. ¿Qué?

ROS. Papá ha sido príncipe alguna vez?

COND. No.

ROS. Pues hace lo mismo que hacia el príncipe, verdad?

COND. No. (Disimulando la pena.)

ROS. Oye, y es verdad lo que dice el aya que dijo papá ántes cuando salió de aquí?

COND. ¿Qué?

ROS. Dice que salia gritando: «Ya no vuelvo más, ya no vuelvo más!»

COND. Quién sabe, hija, quién sabe!

ROS. ¡Ay! y nos vamos á quedar solas?

COND. No te ocupes tú de esas cosas, que no son cosas de niñas. Calla y oye. (Leyendo.) «La princesa, cuyo carácter »contrastaba notablemente con el de su augusto espo»so, solia perdonarle sus extravíos. Un dia el príncipe »desapareció sin decir adónde iba, y la córte se vistió »de luto creyéndole muerto; pero habiendo averiguado »la princesa que el príncipe habia partido á lejanas »tierras en busca de placeres y aventuras, se propuso »hallarle y al efecto empezó á recorrer el mundo. Al »cabo de tres meses logró encontrarle, enfermo y dolo»rido, hastiado de aquella vida aventurera: y arrepentido »al ver la paciencia y la bondad de su jóven esposa, se »arrojó en sus brazos y volvió á sus hogares.»

ROS. Mamá.

COND. Qué te ocurre ahora?

ROS. Si tú quieres, vamos á hacer una cosa.

COND. ¿Qué?

ROS. Tú y yo nos vamos á recorrer el mundo, y no hemos de volver á casa hasta que encontremos á papá.

COND. (Es imposible continuar.) Rosita, es muy tarde y debes acostarte. (Tira del cordon de la campanilla. Aparece el aya.)

ROS. Te has enfadado conmigo?

COND. No, hija mia, no.
ROS. Buenas noches, mamá. (Dándola un beso.)
COND. Buenas noches.

ESCENA II.

La CONDESA.

¡Me parte el corazon! (Pausa.) Ha dicho Fernando que no volverá más... ¿y qué motivo le he dado? Yo soy quien va á partir. Y aunque supiera ir pidiendo limosna de puerta en puerta con mis hijos, seria más feliz que viéndoles desamparados de su padre y arruinados por sus locuras. Pobre niña! Ha pasado un mes trabajando sin descanso; ha hecho un trabajo superior á sus fuerzas y á su inteligencia, para que su padre prefiera el mismo regalo de una mujer que... ¡Bien temia yo que este pañuelo blanco llegaria tarde á manos de Fernando. ¡Tarde! Oh, sí, indudablemente ama á esa mujer. Tendrán razon aquellas de mis amigas, que aseguran que se debe no amar á los hombres para ser amada de ellos? Hay que ser coqueta, hay que ser frívola... es inútil pretender rodear de encantos la vida doméstica... esto es vulgar, ¿qué encanto tiene la mujer de su casa?

ESCENA III.

La CONDESA, CLARA.

CLARA. Pues señor, renuncio á la fiesta.
COND. ¿Cómo es eso? Dejas el baile?
CLARA. Sí, hija mia, dame una taza de té y hazme oir unos walses. Prefiero tu gabinete á los salones del embajador. ¡Ay qué divertido es esto de vestirse una de piés á cabeza para ir á darse de encontrones con una porcion de pollos insufribles y de amiguitas inconvenientes! Si yo sé lo que me iba á suceder, no salgo de mi casa.

COND. ¿Pues qué ha sido?

CLARA. ¿Qué ha de ser? Que mi señor marido me dijo que no iba al baile y yo entónces pensé en ir. Ahora llego allá, y al entrar en el primer salon, paf! mi señor brigadier en cuerpo y alma.

COND. Pero... bien, y qué?

CLARA. Que no quiero baile. Que no me divierto yo teniendo un testigo de vista. Y sobre todo, ¿crees que no tengo bastante con ver á mi marido á las horas de comer? Basta y sobra, querida, basta y sobra.

COND. ¿Os llevais mal?

CLARA. No nos llevamos ni mal ni bien. Yo creia ser libre esta noche y vea usté por dónde mi señor don Felipe de mi corazon... mira tú que tener un marido que se llama Felipe... es horroroso, eh? En qué estaria yo pensando!

COND. (¡Qué feliz es quien tiene tal humor!)

CLARA. Vaya con Felipito!

COND. Clara, tú no amas á tu marido.

CLARA. ¿Yo? Hace cuatro años que es brigadier; todos los maridos de mis amigas son generales... y él, nada! Me está poniendo en ridículo! Ya ves tú que con bien poco trabajo podia darme más decoro. ¡Cualquiera es general! Pues él, quieto como un muerto.

COND. ¿Y qué remedio? No será de los que ahora mandan...

CLARA. Si es un poltron que no se mete en eso. En fin, no se ha pronunciado en su vida, ya ves qué hombre será.

COND. ¿Pero te quiere?

CLARA. Hija, eso es tan barato, que no tiene mérito.

COND. Veo que no sois felices.

CLARA. Sí, lo que es él, mucho; pero yo, de puro feliz voy á estallar un dia. Y qué celos, y qué obcecaciones! Tiene diez años más que yo. Tengo yo la culpa de que naciera ántes?

COND. ¿Os casasteis enamorados?

CLARA. No; pero yo me propuse enamorarle á él, y casi me pesa de haberlo conseguido.

COND. (*Con mucha intencion.*) Ah! tú lograste?...

CLARA. ¿Hay nada más fácil?

COND. (Muy animada.) ¿Crees tú?...

CLARA. Mira, Matilde, en toda pasion hay uno que ama y otro que es amado; uno que quiere y otro que se deja querer; el amor y la guerra se parecen mucho; hay un vencedor y un vencido; el gran secreto consiste en ganar la batalla; el corazon del hombre, y lo mismo el de la mujer, son como un violin, cuyo sonido grato ó ingrato depende del que lo toca; por eso, en amor, el que toca el violon es el que se entrega de buenas á primeras. Tú no sabes por qué se casan los hombres? Pues los hombres se casan porque las mujeres son buenas: mira tú cómo á medida que hay libertad en las costumbres, una boda va siendo cosa rara! El hombre es un egoista de tal vuelo, que ha tenido la osadía de definir el amor diciendo que es el egoismo de dos seres. No hay tal cosa: el amor es el egoismo del que es amado, y el sacrificio del que ama. Si los hombres vencieran en el primer grado de su pasion, no se casarian jamás. Por eso hay que tenerles siempre á raya, darles esperanzas, y nada más que esperanzas; atraparles, cogerles por la nariz y no soltarles fácilmente, porque esos caballeros, ademas de que hacen la guerra de mala fé, así que son dueños del campo desconfian de todo, y es preciso saber hacer un uso conveniente de esa desconfianza. Hay que explotar esa duda en que viven constantemente, sin que por eso faltemos á nuestros deberes, á pesar de que eso y todo merecian, porque la mayor parte de los maridos libertinos creen que en el mundo no hay mujeres virtuosas. Sucede con la virtud lo que sucede con la divinidad: el que no la comprende, la niega.

COND. Yo no puedo pensar así...

CLARA. Pero ahora que reparo, tú has llorado, tú lloras!

COND. (Disimulando.) No.

CLARA. ¡Si lo estoy viendo!

COND. Qué idea! (Esforzándose por disimular.)

CLARA. (¿Qué sucede aquí?) (Va á dejar el abrigo en una silla del fondo y vuelve.) Vamos á ver, cuéntamelo todo. Á una amiga de la infancia no se le debe ocultar nada.

COND. Si no...

CLARA. Pero, tonta, crees tú que eso se puede ocultar? no sabes tú que el llanto y la hermosura saltan á los ojos? Vamos, vamos, qué es ello?

COND. Pues bien es... es... (Rompe á llorar ruidosamente, cayendo al mismo tiempo de bruces sobre un sofá y ocultando el rostro con ambas manos. Momentos de silencio, durante los cuales debe oirse el sollozar de la Condesa. Clara respeta por algunos instantes este desahogo del corazon, y despues va á sentarse en una silla próxima al sofá, procurando levantar dulcemente la cabeza de su amiga.)

CLARA. Matilde. (La Condesa no contesta.) Matilde, amiga mia... explícame... Ah! ya sé lo que es! El pañuelo de listas azules! (La Condesa dice que sí con la cabeza.) Válgame Dios! Válgame Dios! Pero es posible que una mujer como la viuda de Perez promueva estos disgustos? Una mujer que bizca de este ojo! No puede ser; tu marido no ama á esa mujer! (La Condesa dice que sí con la cabeza.) Te digo que no puede ser!

COND. Y no es eso sólo lo que me inquieta.

CLARA. ¿Hay más?

COND. Fernando no me ama.

CLARA. ¡Qué tontería!

COND. Fernando no me ama. Tuvo capricho por mi; se casó conmigo: durante la luna de miel fué muy amable y muy cariñoso; pero yo pertenecia á la clase media, él era conde; me hizo un favor al darme su apellido, y no tengo derecho á quejarme.

CLARA. (Esta criatura es lo más infeliz!...)

COND. Los dos primeros años fuimos dichosos, es verdad. Me llevó á Paris, hicimos el viaje de Italia, visitamos la Suiza, me deslumbró con tanta novedad y con tanta riqueza, que yo, pobre de mí, pasé de la noche al dia como en un sueño; pero no sé por qué me daba el corazon que aquella felicidad no seria duradera. Recuer-

do que un dia, al volver á Francia por el Mont-Cenis, el tren se detuvo en la aldea de San Miguel, al pie de los Alpes. Mientras los aduaneros revisaban los baules, Fernando y yo nos entreteníamos en contemplar el paisaje; rodeábanos la nieve por todas partes, y enterrados en aquella nieve, dos niños muy hermosos nos alargaban la mano pidiendo con lastimera voz una limosna. Yo les dí mi portamonedas y le dije á Fernando:—»Qué lástima me da! Qué niños tan hermosos y tan desgraciados! Querrás tú mucho á tus hijos?—No me gustan los niños, respondió mi marido; son molestos y dan mucho tormento.» Se me heló el corazon al oir estas palabras.

CLARA. Lo comprendo. Si yo fuera madre, seria más dichosa.

COND. Volvimos á Madrid y ya se acabó para mí toda ventura. Fernando vivia lejos de mí; volvia á deshora; no me hablaba sino para preguntarme si necesitaba dinero. Tuvo un duelo, le hirieron en un brazo, no faltó quien me dijese que habia sido por una mujer casada; pero yo... no lo pude remediar... me pasé dos meses á la cabecera de su cama.

CLARA. ¡Qué barbaridad!

COND. Cuatro años hace de esto y desde entónces apenas si se ocupa de mí, apenas si nos vemos; y no lo siento por mí, que ya me he resignado á todo, lo siento por los niños. El mayor hace dos años que contra mi voluntad está encerrado dia y noche en un colegio. En esos dos años ni una sola vez ha ido su padre á verle; estoy segura de que si le encuentra en la calle no le conocerá. Aquí viene todos los sábados y nunca ha logrado ver á su padre.—«Sabes que Carlitos tiene ya una preciosa letra inglesa?» le dije á mi marido hace pocos dias.—«Pues eso es de mal tono, me respondió, volviéndome la espalda.»

CLARA. Sí; el buen tono consiste en hacer unos garrapatos que nadie entienda.

COND. En cuanto á la niña, ha pasado un mes bordando un

pañuelo para su papá, y cuando esta noche iba yo á presentar al padre la obra...

CLARA. Ha sacado él el pañuelo de la bizca!

COND. Precisamente. ¡Ay Clara! Yo estoy decidida á volver á Valladolid á casa de mis padres.

CLARA. ¿De veras?

COND. Sí; porque ademas de cuanto llevo dicho, mis hijos, cuando sean mayores, serán tan pobres como el pobre de más humilde cuna. Fernando, segun él mismo me ha confesado en un momento de mal humor, ha perdido en el Casino las dos terceras partes de su fortuna.

CLARA. Sí, eh? (Levantándose.) Pues, hija mia, ántes de que pierda la otra tercera, es preciso que esto se arregle. Donde no hay gobierno, él se pone, decia mi padre, que habia sido realista.

COND. Esto no tiene arreglo.

CLARA. Allá lo veremos.

COND. ¿Crees?...

CLARA. Yo te debo muchos favores... y te quiero muchísimo; y no vuelvo á mi casa sin haber dado una vuelta á la tuya. Tú eres muy tonta!

COND. Yo?

CLARA. Mucho! Á qué has llorado delante de él?

COND. No sé disimular.

CLARA. ¿Lo ves? Eso es ridículo! Cuando te den ganas de llorar delante de él, dile que te duelen las muelas ó que te aprietan las botas, pero no le dés el gustazo. (Tira de la campanilla.)

COND. ¿Pero qué haces?

CLARA. No los conoces, hija, no los conoces! (Aparece el criado.) El coche de la señora al momento!

COND. Pero qué?...

CLARA. ¿Quieres la paz?

COND. Sí.

CLARA. Quieres que tu marido entre en vereda?

COND. Sí.

CLARA. ¿Que se ocupe de sus hijos?

COND. Sí.
CLARA. ¿Que esto varie?
COND. Si.
CLARA. Pues obedece y calla.
COND. ¿Qué hago?
CLARA. Vístete inmediatamente.
COND. ¿Ahora?
CLARA. Ahora mismo.
COND. ¿Adónde voy?
CLARA. Á tomar el fresco, que bien lo necesitas. Date un paseo de un cuarto de hora y ponte algo que indique á tu marido que has estado en un baile. Cualquier cosa, un vestido de gasa, unas flores, pero en seguida.
COND. ¡Pero... Clara!
CLARA. Corre, que es tarde!
COND Supongo que no es broma.
CLARA. Anda y no chistes.
COND. Mas...
CLARA. Corriendo! (La empuja hácia su cuarto. Tira de la campanilla. Entra el criado.) ¡La doncella de la señora! (Entra la doncella Clara le señala para que entre á vestir á la Condesa. La doncella entra.)

ESCENA IV.

CLARA, paseando por el cuarto muy incomodada.

¡Pues no faltaba más! Una muchacha en la flor de su juventud, poniéndose á los piés de un marido que se divierte por ahí. Y todo por ser una infeliz y por no conocer al hombre que tiene al lado. Yo le conozco mejor que ella. Este Conde es un títere que no piensa más que en ponerse muy bonito y en forjarse la ilusion de que le adoran todas las mujeres. Dejará el asunto más importante si cree que una mujer le ha mirado con cierta intencion. Si no me diera Dios más trabajo...

Oh, de esto hay mucho. Hay por ahí una porcion de simples que son felices porque se han llegado á figurar que están en relaciones con tres ó cuatro mujeres. Una mira á todos lados, porque para eso tiene los ojos; en cuanto la vista de uno de ellos se encuentra con la de una, ya le están diciendo al amiguito que tienen más cerca.—«Chico, qué varas toma!»—Mire usted qué manera de hablar. Varas! Ni que fuera una un toro de siete años!

ESCENA V.

CLARA, el CONDE.

Durante toda esta escena, Clara pasea bastante deprisa.

CONDE. (Hola, otra vez aquí la amiguita.) Buenas noches.
CLARA. Servidora de usted. (Siempre paseando por el cuarto.)
CONDE. Ya ha vuelto usted?
CLARA. La pregunta del aragonés.
CONDE. ¿Cómo?
CLARA. Pues no lo está usted viendo?
CONDE. Yo tambien he dejado el baile...
CLARA. Lo veo.
CONDE. Y me alegro de encontrar á usted.
CLARA. Gracias.
CONDE. Quiero que sepa usted á lo que vengo.
CLARA. No soy curiosa.
CONDE. Sin embargo, usted ha ayudado á mi mujer á creer una cosa.
CLARA. ¿Yo?
CONDE. Sepa usted que en el baile he encontrado á la señora de Perez.
CLARA. Como que no ha ido usted más que á eso.
CONDE. ¿Sigue usted creyendo?...
CLARA. Siga usted hablando.
CONDE. Y allí he sabido que todos estos disgustos no reconocen

más orígen que habladurías de chiquillos.

CLARA. ¡Hombre!

CONDE. La viuda tiene una niña.

CLARA. Está en su derecho.

CONDE. Y yo tengo otra.

CLARA. Lo dudo.

CONDE. Señora! Por qué?

CLARA. Porque nunca le he visto á usted con ella.

CONDE. Bueno. Las dos niñas van al mismo colegio, y allí parece que han hablado de si voy ó no á casa de la de Perez.

CLARA. Si no fuera usted no hubieran dicho nada.

CONDE. Y yo vengo expresamente á reñir á mi mujer.

CLARA. ¡Qué le parece á usted!

CONDE. Y á encargarle que prohiba á la niña meterse en honduras.

CLARA. Me parece que el que se mete en honduras es usted.

CONDE. Eso no impedirá que yo haga entender á mi mujer lo que hace al caso.

CLARA. Sí, eh?

CONDE. Si, señora, y que sepa...

CLARA. Pues, hijo mio, ha llegado usted tarde.

CONDE. Por qué?

CLARA. Porque Matilde ha salido.

CONDE. Á estas horas?

CLARA. Cada uno sale cuando puede.

CONDE. Me dijo que no salia...

CLARA. Pues voló.

CONDE. Y á dónde ha ido?

CLARA. Al baile.

CONDE. Al baile? (Muy sorprendido.)

CLARA. Al baile.

CONDE. Pero cuándo?

CLARA. Ahora mismo.

CONDE. Y cómo es que ha variado de opinion?

CLARA. Ahí verá usted.

CONDE. Sin embargo...

CLARA. Porque está furiosa.

CONDE. Furiosa?

CLARA. Sí, señor.

CONDE. Conmigo?

CLARA. Con la otra.

CONDE. Quién es la otra?

CLARA. La... otra. (Marcando con el gesto la cara de la bizca.)

CONDE. Señora, hable usted.

CLARA. La de Perez.

CONDE. Eh?

CLARA. Sí, señor, usted la ha tratado mal; está celosa, y usted no sabe lo que es capaz de hacer una mujer celosa.

CONDE. Será posible? (Poniéndose el abrigo muy de prisa.)

CLARA. Va dispuesta á olvidarse de quien es...

CONDE. Eh?

CLARA. Y á dar un escándalo.

CONDE. No puede ser! (Cogiendo el sombrero.)

CLARA. Ya verá usted si puede ser. Y yo se lo he aconsejado, porque yo haria lo mismo.

CONDE. Pero una persona bien educada...

CLARA. Amigo mio, los celos no tienen educacion.

CONDE. Y cree usted...

CLARA. Creo que llegar, y darle un sofoquin á la viudita, será todo uno.

CONDE. Se atreverá?...

CLARA. Aquí me tiene usted á mí, que en un baile de Palacio se me puso que Felipe estaba haciendo el amor á una vizcondesa, y sin reparar en nada, me fuí corriendo á él, y zás! de un tiron me quedé con la corbata en la mano.

CONDE. Qué horror!

CLARA. Sí, señor, sí. Si viera usted que cara puso la vizcondesa!

CONDE. Oh!

CLARA. Como la que pondrá la *vizcondesa* de usted.

CONDE. Ay qué atrocidad! Corro á buscar á mi mujer! (Marchándose.)

CLARA. Creo que llega usted tarde.
CONDE. Abur, señora. (Ya en la puerta.)
CLARA. Vaya usted con Dios!

ESCENA VI.

CLARA, MATILDE, con traje de baile.

CLARA. Corre, Matilde, que ya está disparado el primer cañonazo!
COND. Estoy bien así?
CLARA. De cualquier modo!
COND. Pero, qué has hecho?
CLARA. Nada, ya verás.
CRIADO. Está el coche.
CLARA. Magnifico! Dónde está el pañuelo que ha bordado tu hija?
COND. Aquí... (Se lo da.)
CLARA. Tienes un sobre grande?
COND. Sí. (Va corriendo á una mesita de escritorio y le da un paquete de sobres grandes á Clara.)

ESCENA VII.

CLARA, la CONDESA, el CRIADO.

CRIADO. Señora...
COND. ¿Qué?
CRIADO. Ahí está un hombre que pregunta por usía. Dice que necesita verla para un asunto urgente. Aquí está la tarjeta.
COND. Ay Dios mio! Es la tarjeta del director del colegio de mi hijo!... Que pase al momento.
CLARA. Qué será?
COND. Alguna desgracia! Ay Clara, las penas no vienen nunca solas.

ESCENA VIII.

CLARA, la CONDESA, el PASANTE

PAS. Señora Condesa...

COND. Pase usted. Qué sucede? Mi hijo...

PAS. No se asuste usted, señora, no sucede nada grave, sino que el niño está un poco delicado desde esta mañana, y se ha empeñado en ver á usted. Por más que hemos querido convencerle de que esperase á mañana...

COND. Hijo mio...

PAS. No quiere callar, y grita, y se desespera llamando á usted. El señorito ha escrito á usted, y el director me ha hecho venir... (Le da una carta.)

COND. Oh, voy al momento... no se marche usted... Le llevaré en el coche... ¿Ves? Mi hijo está enfermo, y tú querias... Mira qué bien escribe...

CLARA. Yo queria que fueras á alguna parte, y este suceso viene de molde. Ojalá no sea nada!

COND. Voy con un cuidado!...

PAS. No es nada.

CLARA. De seguro. Corre. Ven pronto. Si el niño no está grave, traételo. ¿Oyes?

COND. Ya lo creo! Hasta luego!

CLARA. Hasta luego!

COND. Cuida de mi niña.

CLARA. No temas nada.

ESCENA IX.

CLARA.

Admirable, admirable, admirable. Todo nos ayuda. Necesitaba yo que los dos niños estuviesen en casa esta noche y lo estarán. (Leyendo la carta del niño.) «No he podido ir hoy á verte porque estoy enfermo. Tengo muchos deseos de verte; quiero ir á verte, te quiere mucho, mucho, mucho, tu Cárlos.» Y qué bonita forma de letra! Nadie dirá que es de un niño de seis años. En

cuanto al estilo, salvas las repeticiones, no está mal. Tiene novedad. Ni siquiera hay la fórmula de costumbre: Querida mamá. Está escrito con *sans façon*; vamos, que parece la carta de un novio á su novia. Pobre criatura! (Al ir á sentarse al velador repara en que el Pasante se ha equivocado y se ha llevado el sombrero que el Conde se dejó en el primer acto.) Qué sombrero tan viejo! Ah! (Yendo hácia el foro.) El Pasante se ha llevado un sombrero del Conde. Bah! Á bien que el Conde tendrá muchos sombreros. (Como asaltada de pronto por una idea.) ¡Ah! (Pensando por breves momentos.) Bien dice mi marido, que lo que no se les ocurre á cien hombres, se le ocurre á una mujer. Qué gran idea... y qué gran sombrero! La Providencia protege mis planes. (Se sienta en el velador, dobla el pañuelo blanco que le dió la Condesa y lo mete en un sobre.) Esto es. Ahora las señas. (Escribe en el sobre y toca la campanilla. Entra el criado.) Oiga usted, cuando el señor Conde vuelva y esté hablando conmigo, entrará usted esta carta para él, diciendo que la ha traido un criado.

CRIADO. Está bien.

CLARA. Tome usted. (Le da el sobre.)

CRIADO. La señora va á tomar té?

CLARA. Sí. Dentro de un poco. Ahora demos una vuelta por la chiquitina. Voy á hacer que la despierten y me la tengan preparada. Hombres! Hombres! Ay! qué hombres!

ESCENA IX.

EL CONDE.

¿Qué significa esto? Clara me dice que mi mujer ha ido al baile y resulta que no hay tal cosa. Allí no ha estado; allí no está. (Suena la media en el reloj de la chimenea.) Las once y media. ¿Dónde ha ido mi mujer á estas horas? Me habrán querido embromar? Se habrá acostado? Mi mujer no es capaz de hacer una ligereza. ¡Cá! Es más bonachona y más boba! Para ella no hay ni pena ni

gloria. Qué guapa estaba la viuda! Ese pequeño extravismo del ojo izquierdo le da una gracia... Así dicen que era la princesa de Éboli, y Felipe segundo estaba tan enamorado de ella. Comprendo á Felipe segundo. (Mirando su reloj.) Qué paz hay aquí! Qué recogimiento! Estará fuera de casa mi esposa? Clara es tan bromista... tampoco es fea Clara. Qué ha de ser fea; lo que es muy reguapa... y tan elegante y tan distinguida... y tiene un descaro tan delicioso, jí, jí, jí, es muy agradable la amiga de mi mujer... demonio, me oirán? (Va de puntillas á una de las puertas de la izquierda; la abre y dice en voz baja:) ¡Matilde! (Cierra la puerta y va de puntillas á la otra puerta de la izguierda, hace lo mismo y dice tambien en voz baja:) ¡Matilde! (Repite lo mismo á la puerta primera de la derecha. Por último, va á la puerta por donde entró Clara, y al decir Ma... se presenta Clara diciendo en voz alta:)

CLARA. ¿Qué es eso? (El Conde asustado, cae sentado en una silla que hay cercana á la puerta y se queda mirando á Clara fijamente. Clara, con los brazos cruzados, le mira á él de hito en hito.)

ESCENA X.

El CONDE, CLARA.

CONDE. (Esta señora se ha venido á vivir aquí.)
CLARA. Muy buenas noches, Conde, muy buenas noches.
CONDE. Estoy á los piés de usted, bellísima amiga.
CLARA. Galanteador y todo?
CONDE. Sí señora, porque necesito ser amigo de usted.
CLARA. Pide usted cuartel?
CONDE. Pido más que eso.
CLARA. ¡Hola!
CONDE. Necesito que me haga usted un favor.
CLARA. Si puedo...
CONDE. Creo que sí.
CLARA. Y si quiero...
CONDE. ¡Ah!
CLARA. Qué necesita usted de mí?

CONDE. (Levantándose de pronto y cogiendo psr la mano á Clara.) Necesito que me diga usted dónde está mi mujer!

CLARA. Hombre, por Dios, que me destroza usted la muñeca! (El Conde la suelta.) ¡Qué maneras! ¿Á qué hora ha comido usted?

CONDE. Señora, por Dios y los santos, tenga usted la bondad de no impacientarme.

CLARA. Tenga usted calma. (Riendo.)

CONDE. Dónde está Matilde?

CLARA. En el baile.

CONDE. No es verdad!

CLARA. ¡Eh!

CONDE. Ay! perdon, (Dándose golpes en el pecho.) perdon, Clarita, perdon, se me ha escapado, soy un grosero, dispense usted...

CLARA. Le desconozco á usted. Qué modo de descomponerse...

CONDE. Es que, francamente, tengo motivos para estar inquieto.

CLARA. ¿Pues qué pasa?

CONDE. Que vengo del baile y que mi mujer no está allí.

CLARA. Pues estará en otra parte.

CONDE. Qué está usted diciendo, señora?

CLARA. Eso se le ocurre á cualquiera.

CONDE. Ya, pero no es una razon. Son las once y media de la noche.

CLARA. No señor, no, son las doce menos cuarto.

CONDE. Ya ve usted! Á dónde ha podido ir á estas horas?

CLARA. Diga usted, Conde, ¿á dónde va usted á las dos, á las tres y á las cuatro de la madrugada? Usté suele venir á casa al amanecer.

CONDE. Es distinto. Yo estoy en el Casino, ó...

CLARA. Puede ser que Matilde haya ido al Casino.

CONDE. Señora, por caridad... Usté pretende que las mujeres sean como los hombres?

CLARA. No; pretendo que sean mejores.

CONDE. En suma; usted no sabe...

CLARA. Yo no sé nada.

CONDE. Y qué debo yo hacer?

CLARA. Nada!

CONDE. Y si tarda en volver?

CLARA. Nada!

CONDE. Y si no vuelve?

CLARA. Nada!

CONDE. Pues señor, es un gran consejo!

CLARA. Así como así, qué más da!

CONDE. Usted sabe algo?

CLARA. Ha jugado usted á prendas alguna vez?

CONDE. Por qué?

CLARA. Porque hay un juego muy bonito. El que tiene la prenda está condenado á adivinar lo que debe hacer, y ya es tocar un objeto, ya es mover una silla, ya es besar á un niño, ya es pasar junto á una señora, etc., etc. Uno de los presentes se sienta al piano y toca una pieza cualquiera. Cuando la víctima está cerca de aquello que debe hacer, el pianista toca muy bajito, y cuando no, toca muy fuerte, muy fuerte.

CONDE. Bien, y qué?

CLARA. Que es como cuando le dicen á uno «¡que te quemas!»

CONDE. ¡Y bien, y qué!

CLARA. Nada, que usted se quema!

CONDE. Y que no doy en el quid.

CLARA. Justamente.

CONDE. Usté sabe algo!

CLARA. Yo no sé nada.

CONDE. Usté conoce los secretos de Matilde.

CLARA. No señor.

CONDE. ¡Usted sabe dónde ha ido!

CLARA. ¡Que no!

CONDE. ¡Usted ha encendido sus celos!

CLARA. ¡Bah!

CONDE. Usted se burla de mí.

CLARA. ¡Conde!

CONDE. Y yo voy á buscarla á ella.

CLARA. Á que no?

CONDE. Á que sí.

CLARA. ¿Á que no? (Ofreciéndole el sombrero del Pasante.)
CONDE. Ahora mismo. (Toma el sombrero y se le pone para irse. El sombrero le está muy grande y se le cuela hasta los hombros.) ¡Eh? Este sombrero no es el mio.
CLARA. ¡Ay! (Fingiendo que se asusta al ver descubierto un enredo.)
CONDE. Este sombrero no es el mio! El mio es este! (Tomando el suyo.) De quién es este otro?
CLARA. Conde, le aseguro á usted!...
CONDE. En casa no hay más hombre que yo; de quién es esto?
CLARA. Yo no sé... puede que sea de don... de don...
CONDE. De quién?
CLARA. De don Silvestre!
CONDE. Quién es don Silvestre?
CLARA. El médico de Matilde.
CONDE. Y dónde está?
CLARA. Aquí estaba; vino á ver la niña.
CONDE. Está usted segura?
CLARA. Sí...
CONDE. ¡Don Silvestre! (Entra con un sombrero en cada mano á uno de los cuartos de la derecha. Clara riendo se sienta al piano y comienza á tocar el trágala, fortísimo.)
CLARA. Ahora un poquito de trágala para que rabie!
CONDE. Don Silvestre! (Sale del cuarto y entra en la puerta inmediata.)
CLARA. ¡Pobre hombre!
CONDE. ¡Don Silvestre, don Silvestre! (Cruza la escena y va á entrar en uno de los cuartos de la izquierda. Clara toca bajito cuando el Conde pasa junto al cuarto de la niña, y muy fuerte cuando se separa.)
CLARA. Así aprenderás, monstruo!
CONDE. Don Silvestre! Señora, usté me desespera, usté me marea!
CLARA. ¡Que te quemas!
CONDE. Esto es muy grave! (Entra el Criado con el té.) ¿Es tuyo este sombrero?
CRIADO. ¡Señor?
CONDE. (Le pone el sombrero al Criado, y se le cuela hasta los hombros.) ¡Tampoco! Ya no hay duda! Aquí entra un amante! Es-

toy en berlina! Le mataré! Los mataré! Me mataré! (Cae sobre el sofá de la derecha.)

CLARA. (Yendo á caer sobre el sofá de la izquierda, riendo á carcajadas.) ¡Esto va bien! Ya está celoso! Ya empieza á quererla! (El Criado queda en el centro de la escena con la bandeja de las tazas de té en la mano, el sombrero metido y dando vueltas alrededor de sí como mareado.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La misma decoracion. El Conde está en el mismo sofá donde cayó al final del segundo acto, pero de espaldas á Clara. Tiene en la mano el sombrero y le dá vueltas mirándolo con curiosidad por todas partes. Clara está al otro lado de la escena, tambien de espaldas al Conde, calentándose los piés en la chimenea y leyendo un periódico. El té debe estar sobre el velador que hay junto á la chimenea.

ESCENA PRIMERA.

CLARA, el CONDE.

CLARA. (Leyendo el folletin.) «Sí, dijo la Condesa con ademan dramático, os aborrezco, retiraos, caballero, retiraos, »vuestra presencia me hace daño.—Permitidme, dijo »el Conde profundamente conmovido, que os recuerde »quien soy.—Todo acabó entre los dos, caballero, ex»clamó la Condesa. El Conde, de pálido que estaba, se »puso livido.» (El Conde, que no cesa en sus observaciones, da un golpe con el puño al sombrero. Al ruido se vuelve Clara, se rie y torna á leer.) «Un rayo que hubiera caido á sus »piés no le hubiera producido más efecto. Mister Har»ris presenciaba esta escena con esa serenidad pecu»liar de los marinos ingleses.» (Al leer esto se vuelve á

mirar al Conde, que no sale de su abstraccion.) «La Condesa »suspiró penosamente. Retiróse su esposo hablando »solo. Mister Harris se sentó con esa serenidad pecu- »liar de los marinos ingleses.»

CONDE. (Mirando el forro del sombrero.) «Fábrica de sombreros de »Juan Lleset, calle del Mar, Valencia.» Es un valenciano!

CLARA. (Leyendo.) «Tan conmovida estaba nuestra heroina, que »no reparaba en el valiente marino á quien debia la »vida. Volvió á suspirar. Mister Harris estornudó con »esa serenidad peculiar de los marinos ingleses.» Realmente se necesita gran serenidad para constiparse. Qué cosas escriben! Y á todo esto el amiguito sin darse por entendido.

CONDE. Grasiento está. El dueño tiene poco dinero.

CLARA. Qué distraccion!

CONDE. Y está de luto! Me alegro, hombre, me alegro.

CLARA. (Leyendo.) «Cuando la Condesa se quedó dormida, Mis- »ter Harris bebió un sorbo de té con esa serenidad...» Al diablo con la serenidad de los marinos. Voy á tomar yo el té con toda la serenidad posible. (Quédase mirando al Conde.) ¡Chist! (Llamándole, el Conde no la oye.) Chist! (El Conde sigue de espaldas.) ¡Conde!

CONDE. Eh! Qué es eso? (Volviéndose.)

CLARA. Crei que se habia usted dormido.

CONDE. No señora, no, estoy muy despierto.

CLARA. Yo leia en voz alta, y usted nada, sin darse por entendido.

CONDE. Leia... usted?

CLARA. Sí. Una novela de Timoteo Trim. Conoce usted al autor?

CONDE. No señora.

CLARA. Yo sí. Me lo presentaron en Paris. De veras no conoce usted á Trim?

CONDE. No.

CLARA. Y á Grim?

CONDE. (Levantándose.) No señora, ni á Trim, ni á Grim, ni á

Perlimplin! (Cuidado que es empeño de ponerme nervioso.) (Comienza á pasear.)

CLARA. Vaya, venga usted á tomar una tacita de té.

CONDE. Muchas gracias. Le tomo más tarde. (Pausa. Suenan las doce en el reloj de la chimenea. Mientras da la hora el Conde está parado en medio de la escena con los brazos cruzados mirando al suelo. Clara le observa detenidamente. Se oye dentro la voz de la niña.)

ROS. (Dentro.) ¡Mamá!

CONDE. ¿Eh? ¿Ha oido usted?

CLARA. Sí.

ROS. (Idem.) Mamá.

CLARA. Es la niña.

CONDE. Ahí tiene usted! La niña, que llama á su madre. ¿Dónde está su madre?

CLARA. Yo... no sé...

CONDE. ¡Esto es una indignidad! Esa pobre niña...

CLARA. Já, já, já!

CONDE. ¿Qué?

CLARA. De cuándo acá tan padrazo?

CONDE. Pero no es verdad que...

ROS. ¡Mamá!

CONDE. ¡Francisco! Á ver, la doncella...

CRIADO. (Entrando.) Señor.

CLARA. (Al criado.) Nada. Entre usted, hombre, entre usted.

CONDE. Yo... (Clara dice que sí con la cabeza. El Conde, despues de pensar un momento, entra en el cuarto donde está la niña.)

CLARA. No tiene mal fondo, pero es tal, que si ahora hubiera oido la voz de una mujer al mismo tiempo que la de su hija, puede que hubiera dudado... Yo no sé por qué se casan tan pronto estos muchachos. (Vuelve á la escena el Conde y se queda parado en el umbral de la puerta.)

CLARA. Ha arropado usted á su hija?

CONDE. Amiga mia, hay cosas que le aseguro á usted... (Muy conmovido.)

CLARA. ¿Qué?

CONDE. Sepa usted que he entrado, me he inclinado sobre la

cama para dar un beso á mi hija, para ver qué queria... y... (Suspira.)

CLARA. Y qué ha sucedido?

CONDE. En cuanto me ha visto... se ha arrebujado en las sábanas hecha un ovillo, temblando de miedo!

CLARA. (¡Ah!)

CONDE. Mi hija... me tiene miedo!

CLARA. ¡Desdichados los hijos que se asustan de ver á sus padres! Desgraciados padres los que dan miedo á sus hijos... (Con tono solemne.)

CONDE. Es un detalle que me irrita.

CLARA. La ha tratado usted mal alguna vez?

CONDE. No. Es decir. . yo apenas la veo: hace poco rato me cogió en un mal momento, y la aparté de mí, pero su madre tuvo la culpa! Figúrese usted que ha enseñado á la niña á darme bromitas! La educa mal!

CLARA. Por eso un padre debe cuidar por sí mismo de la educacion de sus hijos.

CONDE. Es verdad. (De muy mal humor.)

CLARA. Vea usted lo que son las cosas.

CONDE. Cómo son las cosas.

CLARA. Usted, que es el Adonis de las mujeres, da miedo á los niños!

CONDE. Clara!

CLARA. Y lo que es peor, á los suyos. (Con gravedad.)

CONDE. ¡Qué noche! Dios mio, qué noche! Pero dónde está Matilde? De quién es este sombrero! (Cogiéndolo.)

CLARA. Veo que está usted en el buen camino y le voy á sacar de penas. No se habia usted dejado aquí un sombrero esta noche?

CONDE. Sí.

CLARA. Pues bien; vino el médico y se llevó el de usted por llevarse el suyo.

CONDE. Esa es otra broma.

CLARA. (Levantándose.) Señor Conde, se lo juro á usted. tome Dios en cuenta el juramento!)

CONDE. Basta, señora, basta. Pues apenas me ha hec'

Eh! (Arrojándolo al suelo.)

CLARA. Desconfiaba usted de Matilde.

CONDE. Yo...

CLARA. Duda usted de su mujer, que sufre tanto.

CONDE. ¿Sufre?

CLARA. Duda usted de una mujer que tolera sus caprichos, que ve con paciencia que ama usted á una bizca!

CONDE. Clara.

CLARA. No sabe usted que los ojos son el espejo del alma? Pues claro está que los bizcos tienen el alma torcida.

CONDE. Siempre tan bromista!

CLARA. ¡Bah!

CONDE. Mis caprichos no tienen malicia.

CLARA. Vamos, que la viudita le gusta á usted.

CONDE. Crea usted que ya no me gusta. (Tenerme miedo la niña!)

CLARA. Quién, ella?

CLARA. Ella y todas.

CLARA. De veras?

CONDE. De veras.

CLARA. (Ahora lo veremos.)

CONDE. Pero dónde ha ido mi mujer?

CLARA. Esté usted tranquilo. No ha ido á nada malo. Le juro á usted de nuevo...

CONDE. No, no jure usted. Sin saber por qué usted me convence de todo. La creo á usted...

CLARA. Desde que es usted celoso...

CONDE. Celoso? Bah!

CLARA. (Ahora lo veremos.) Deje usted que su mujer esté donde quiera. Viene usted aquí y no la encuentra, pero en cambio se encuentra usted con otra mujer que... ahora que nadie me oye, me parece que no es tan fea.. eh, amigo mio? (Con mucha coquetería.)

CLARA. (Ay, ay, ay, ay!...) (Mirándola fijamente.) Qué ha de ser fea?

CLARA. Cree usted?...

CONDE. Creo que es una de las mujeres más hermosas... (Tonto de mí, que he perdido una hora!)

CLARA. (Habrá pícaro.) De veras, no toma usted el té?

CONDE. No puedo ahora...

CLARA. Pues sea usted galante, sírvame usted á mí.

CONDE. Ya lo creo! Con mil amores! (Le sirve el té sin dejar de mirarla.)

CLARA. Que lo derrama usted.

CONDE. Ah, es verdad, es verdad! Perdone usted, pero cuando uno está al lado de una mujer tan atractiva, (Acercando una silla.) tan interesante y tan adorable... (Se va á sentar, siempre mirando fijamente á Clara. En este momento entra el criado con el pañuelo envuelto en el sobre.)

CRIADO. Señor...

CONDE. (Al oir la voz se asusta y cae sentado en el suelo.) ¡Animal! Antes de entrar se pide permiso.

CLARA. Já, já, já.

CRIADO. Acaban de traer este paquete.

CONDE. (Tomándolo.) Bueno! Ha visto usted que zopenco? (Interrumpirme ahora.) Y qué demonios será esto?

CLARA. Muy importante debe ser. Á esta hora...

CONDE. Tiene usted razon, á estas horas...

CLARA. Es la hora de los contrabandos.

CONDE. (Abriendo el paquete.) Qué diablos será? (Saca del paquete el mismo pañuelo que bordaba la niña en el primer acto.) Un pañuelo!

CLARA. Hola, hola, hola! Otro pañolito, eh?

CONDE. Le aseguro á usted que no comprendo...

CLARA. Pues yo le aseguro á usted que con sus amores y sus conquistas va usted á lograr que se encarezca el hilo!

CONDE. Clara!...

CLARA. Está bien, está bien. ¿Quién es ella?

CONDE. No sé.

CLARA. Angelito! Él no sabe nada! Con sus letras y sus armas, y...

CONDE. Francisco! (Entra el criado.)

CRIADO. Señor...

CONDE. Quién ha traido este paquete?

CRIADO. Un criado.

CONDE. De parte de quién?
CRIADO. No ha dicho nada.
CONDE. Vete.
CLARA. Pero hombre, es posible que sea usted así...
CONDE. Clara, le pido á usted por favor...
CLARA. Y luego se enoja usted porque su mujer vaya al baile! Y ademas tiene usted la desfachatez de enamorarme á mí! Y esto, amigo mio, y esto? (Poniéndole el pañuelo delante de las narices.)
CONDE. Si á lo ménos hubiera sido remitido con una carta...
CLARA. Ha visto usted si trae las señas en el sobre?
CONDE. Ah! (Recogiendo el sobre del suelo.) Sí, está mi nombre y las señas de la casa! Yo conozco esta letra, y usted?
CLARA. Yo tambien.
CONDE. ¿Sí?
CLARA. Sí.
CONDE. ¿Sí?
CLARA. Sí, hombre, sí. (Imitándole.)
CONDE. De quién es?
CLARA. Ah, señor Conde, ¿quiere usted que le regalen el oido?
CONDE. Clara, por piedad, le juro á usted que no sé lo que me pasa. Hable usted, sea usted franca conmigo...
CLARA. Para qué? Y si no quiero decirlo? Y si mi castigo fuera ese?
CONDE. Castigo! (Cáscaras, se ha picado, tiene celos, uf!) Pues bien, no lo quiero saber.
CLARA. De veras?
CONDE. Palabra de honor.
CONDE. Júremelo usted.
CONDE. Lo juro.
CLARA. Por éstas? (Haciendo cruces con los dedos y presentándosolas.)
CONDE. Por éstas. (Besándole los dedos.)
CLARA. ¡Conde!
CONDE. Ay! perdone usted, se me escapó al jurar...
CLARA. Hará usted que me enfade!
CONDE. ¡Sólo eso me faltaba en medio de tantas confusiones!
CLARA. Está bien, no me enfadaré, pero no sabrá usted quién

es la incógnita del segundo pañuelo.

CONDE. Si le he dicho á usted que no lo quiero saber.

CLARA. Y por qué ya no?

CONDE. Porque sea quien sea, esa persona no valdrá lo que usted.

CLARA. Continuamos?

CONDE. Continuamos. Yo, Clara... (Qué demonio, si no se me ocurre nada!)

CLARA. ¿Decia usted?

CONDE. (Si ya no me acuerdo más que del nuevo regalo! Quién será? Oh! será una mujer muy bonita! Si yo tengo mucho partido!)

CLARA. Conde, acuéstese usté. Creo que está usted malo.

CONDE. Sí señora, estoy nervioso, muy nervioso.

CLARA. Tome usted otra tacita de té.

CONDE. Gracias.

CLARA. Está usted pensando en ella?

CONDE. Pues bien, sí, usted me encanta; usted me fascina, usted me vuelve loco; pero convengamos en que es un tormento vivir á oscuras.

CLARA. Pues usted vive así contínuamente.

CONDE. ¿Cómo?

CLARA. Si le digo á usted que yo sé tantas cosas!

CONDE. Amiga mia, querida amiga, sáqueme usted de penas.

CLARA. Consiento.

CONDE. Oh, muchas gracias!

CLARA. Pero con una condicion.

CONDE. ¿Cuál?

CLARA. Usté quiere saber quién ha bordado este pañuelo?

CONDE. Sí!

CLARA. Pues regáleme usted el otro.

CONDE. ¿El otro?

CLARA. El de la de Perez.

CONDE. Clara...

CLARA. Nada, nada, nada. Regáleme usted el otro.

CONDE. ¿Para qué?

CLARA. Para qué ha de ser, hombre, para limpiarme las na-

rices!

CONDE. No hará usted mal uso de él?

CLARA. Eso no se pregunta.

CONDE. Me guardará usted el secreto?

CLARA. Le echaré dos vueltas á la llave del corazon.

CONDE. Clara, encantadora Clara, le pido á usted de rodillas .. (Se arrodilla.)

CLARA. El otro pañuelo!

CONDE. Míreme usted de hinojos.

CLARA. El pañuelo!

CONDE. Le ruego á usted...

CLARA. El pañuelo, mónstruo, el pañuelo.

CONDE. Ahí va. (Se lo da.)

CLARA. Ajajá! así me gusta. Los niños obedientes...

CONDE. Me dirá usted ahora...

CLARA. El nombre de la incógnita?

CONDE. Sí, pronto.

CLARA. Pues se llama... se llama. . ay! carísimo Conde...

CONDE. ¿Qué?

CLARA ¡Que se me ha olvidado!

CONDE. (Levantándose furioso.) Muy buenas noches!

CLARA. ¡Oiga usted!

CONDE. ¡Abur! Es cosa de morirse.

ESCENA II.

CLARA.

Já, já, já! ¡Qué mosca lleva! Pero él volverá, y si no he de llamarle yo ántes de que su mujer entre en casa. Pero señor, ¿es posible que el hombre sea tan vanidoso y tan tonto? Ahí tiene usted á este buen señor creyendo á piés juntillas que todas las madrileñas están bordando pañuelos para enviárselos á él. Qué corazon tan simple y qué narices tan afortunadas! Quiera Dios que estas tonterías sirvan para hacerle entrar en vereda.

ESCENA III.

CLARA, la CONDESA, CARLITOS.

CRIADO. La señora Condesa.

CLARA. (¡Ah!)

COND. Mírale; le traigo conmigo.

CLARA. Si está tan guapo! (Besando al niño.)

COND. Pobre ángel mio, queria verme.

CLARA. Pues bien, dentro de poco le abrazará su padre.

COND. ¿Eh?

CLARA. Y á la niña tambien.

COND. Es posible?

CLARA. Y tú, toma! (Dándole el pañuelo de la viuda de Perez.)

COND. El pañuelo de la viuda!

CLARA. La detestará.

COND. ¡Amiga mia!

CLARA. ¡Escondeos!

COND. ¿Será posible?

CLARA. Á una seña mia, presentaos en escena. (La Condesa y Carlitos entran en el cuarto de la izquierda.)

CLARA. Habrán vestido ya á la niña? (Entra detrás de ellas.)

ESCENA IV.

El CONDE, luego el CRIADO.

CONDE. ¿Se habrá marchado ya esta buena señora? Qué noche tan divertida! Me descubren el enredo de la de Perez; me descubren un enredo nuevo; esta señora se burla de mí, y mi mujer saca los piés del plato. Vaya usted á saber... Y despues de todo, yo no tengo derecho para hacerla reconvenciones. Siete años y pico llevamos de casados, y en esos siete años maldito lo que yo me he ocupado de mi mujer. Yo la hice condesa, ella me hizo millonario, yo tenia veintitres años, ella tenia diez y nueve... y ella disfrutó de mi posicion y yo me he ju–

gado su dinero. Pero es el caso que el dinero se acaba y que mi señora esposa comienza á darme qué pensar, y que mi niña me tiene miedo! (*Quédase pensativo y mirando fijamente al velador sobre el cual está la carta de Cárlos.*) ¿Quién me habrá enviado á mí este segundo pañolito! Aquí hay algo que yo no entiendo... Esta amiguita... esta amiguita... (*Repara en la carta de Carlos. La toma y la lee.*) ¿Qué es esto? ¡Ah! Y luego dirán que no es cierto el presentimiento! Una carta... un amante! un... ay! pobre honra mia! (*Cae sobre un sillon, abrumado. Pausa.*) Es decir que las bromitas de Clara tenian verdadera importancia; es decir que mi mujer... me pagaba en la misma moneda... Es decir que estoy en ridículo! Francisco! Francisco!

CRIADO. Señor?

CONDE. (*Pausa.*) Nada. (*Comienza á pasear. El Criado se retira.*) Francisco!

CRIADO. (*Entrando.*) Señor?

CONDE. (*Despues de mirarle fijamente y como queriendo hablarle.*) Nada, hombre, nada! (*El Criado se va.*) ¿Qué iba yo á hacer? Pregonar mi deshonra; contar á los criados lo que me pasa... y despues de todo, á quién mejor?... este es un criado fiel, un perro. Hace que me sirve doce años; puede ser que él sepa algo... Francisco!

CRIADO. (*Entrando.*) Señor?

CONDE. (*Despues de una pausa.*) Un vaso de agua. (*Paseando de nuevo.*) Estoy loco. Con qué derecho culpo yo á mi mujer? Yo, que como dice su amiga, voy á encarecer el hilo... En fin, yo necesito saber lo que pasa. Ah! ya sé cómo! Me decido á preguntarle á Francisco. Voy á hacer como que lo sé todo. Eso es. Así no me podrá negar nada. Sí señor, es un gran recurso.

CRIADO. (*Entrando con el vaso de agua.*) Aquí tiene usía el agua.

CONDE. El agua, eh? Bueno, bébetela.

CRIADO. Señor...

CONDE. Bébetela, hombre, yo no la quiero. (*Francisco bebe el agua con toda la seriedad cómica posible.*)

CONDE. Dime, Francisco.
CRIADO. Mande usía.
CONDE. Me vas á decir la verdad, la verdad lisa y llana. Cuántos dias hace que ha estado aquí el... el... señorito Cárlos?
CRIADO. Ocho dias justos.
CONDE. (¡Ya no es posible dudar! Los criados están enterados! Es horrible!) Verdad que es horrible?
CRIADO. No, señor.
CONDE. Cómo que no?
CRIADO. Es muy guapo!
CONDE. ¿Qué estás diciendo, animal?
CRIADO. Yo...
CONDE. Quién te mete á tí en ver si es guapo ó feo?
CRIADO. Perdone usía.
CONDE. Dime. ¡La verdad! siempre la verdad! ¿Qué hizo cuando entró?
CRIADO. Lo que hace siempre que viene. Arrojarse al cuello de la señora, y llenarla de besos...
CONDE. ¡Ay! (Dejándose caer sobre una butaca.)
CRIADO. Se pone usía malo?
CONDE. ¡Quítate de ahí! (Pausa larga.) Conque de besos, eh, Francisco?
CRIADO. Naturalmente!
CONDE. Naturalmente? Ah, pillo! (Le echa del cuarto á puntapiés.)

ESCENA V.

El CONDE, CLARA.

CONDE. Me voy á pegar un tiro!
CLARA. ¿Qué le sucede á usted ahora?
CONDE. ¿Qué me sucede? Que soy el hombre más infeliz de la tierra! Que... en fin, señora, supuesto que no es un secreto para los criados, tampoco lo será para usted; tampoco lo es para mí. Lo sé todo!
CLARA. Hombre, gracias á Dios que sabe usted algo!
CONDE. Mire usted! (Enseñándole la carta.)

CLARA. (Riendo.) (Tiene celos de su chiquitin!)

CONDE. ¡Ah! le parece á usted poco? Un jóven que se llama Cárlos... que escribe á mi mujer; que la tutea; que le dice que vendrá á abrazarla, y que segun confesion de mis criados, viene á verla y le da muchos besos!

CLARA. Naturalmente!

CONDE. Pues señor, todo el mundo lo encuentra natural!

CLARA. Muy natural. No hace usted otro tanto?

CONDE. Clara!

CLARA. No hay más Clara ni más oscura. Usted enamora á la de Perez, usted ha hecho el amor el año pasado á dos amigas mias, usted ha pasado un invierno en los bastidores del Teatro Real... hombre qué más? yo le he visto á usted en coche con una modista!

CONDE. Señora, por el amor de Dios...

CLARA. Y despues de todo eso se incomoda usted por una friolera.

CONDE. Cómo friolera, señora?

CLARA. Es muy original la lógica de los hombres; para ustedes todo, para nosotras nada. Lo que en nosotras es un crímen en ustedes es una ligereza; ustedes no tienen más que derechos, nosotras no tenemos más que deberes. Una mirada es cosa grave en una mujer; en un hombre es cortedad contentarse con una mirada; los deslices del hombre son moneda corriente, nuestros deslices son moneda falsa. Usted tiene una mujer jóven, hermosa, instruida, discreta, y usted se va de su lado para buscar aventuras por esos mundos; tiene usted hijos y casi no los conoce, tiene usted una casa y casi no la habita, y mientras usted se pasea por ahí con otra y se juega la fortuna de sus hijos al treinta y cuarenta tiene usted la ridícula pretension de que Matilde se pase los dias encerrada como una monja, esperando á que usted los lleve á todos á San Bernardino; no amigo mio, no, ni tanto ni tan calvo que se nos vean los sesos; yo me alegro mucho de que le pasen á usté estas cosas, y pues usté se tiene la culpa, con su pan se lo

coma, y trágala perro!

CONDE. Sí, tiene usted razon, yo soy un miserable que no he sabido apreciar á mi mujer hasta ahora en que ya el mal no tiene remedio; ahora que ya estoy en ridículo!

CLARA. Pero de qué manera!

CONDE. Sí, verdad?

CLARA. Mucho.

CONDE. Lo sabrá mucha gente?

CLARA. Todo Madrid.

CONDE. De veras?

CLARA. Y ha de llegar dia en que nadie le mire á usted á l cara.

CONDE. Clara!

CLARA. Y dirán... Eso es!

CONDE. ¡Oh!

CLARA Pobre hombre!

CONDE. Por piedad!...

CLARA. Aviado está!

CONDE. ¡Jesus!

CLARA. ¡Que baile!

CONDE. Señora, mire usté lo que dice!

CLARA. Nada, nada, Matilde no se ocupará de usted y hará pe fectamente.

CONDE. Cree usted!

CLARA. Á quién pudiera amar mejor que á Cárlos?

CONDE. Luego usted le conoce?

CLARA. Sí señor.

CONDE. Me dirá usted quién es?

CLARA. Siempre que usted me prometa hacer lo que yo le diga.

CONDE. Todo lo que usted quiera.

CLARA. Prométame usted amar á su mujer sobre todas las cosas.

CONDE. Cree usted que puedo ya decorosamente vivir con ella?

CLARA. Sí señor.

CONDE. ¿Cómo?

CLARA. Yo tengo el medio de arreglarlo todo.

CONDE. Habla usted de veras?

CLARA. Se lo juro á usted... por Felipe.

CONDE. Hable usted.

CLARA. Amará usted á Matilde sobre todas las cosas.

CONDE. Sí.

CLARA. Se ocupará usted de sus hijos.

CONDE. Oh, sí!

CLARA. Me autoriza usted para que entregue á Matilde el pañolito de la de Perez.

CONDE. Sí.

CLARA. Autoriza usted á Matilde para que lo arroje á la chimenea.

CONDE. Sí, sí!

CLARA. Pues bien, hablemos de Cárlos.

CONDE. Será algun cualquiera, verdad?

CLARA. Lleva un apellido ilustre.

CONDE. Es rico?

CLARA. Como usted.

CONDE. Jóven?

CLARA. Cinco años y medio!

CONDE. ¡Eh!

CLARA. Arrodíllese usted ahí, que viene su mujer, y es preciso que bese usted donde ella pisa! ¿Cómo se llama su hijo de usted?

CONDE. ¡Cárlos! (Muy compungido.)

CLARA. Pues ese es el novio de Matilde! (Imitándole.)

CONDE. Mi hijo...

CLARA. Su hijo de usted, que tiene ya una preciosa letra, mejor que la de usted; su hijo de usted, que viene aquí todos los sábados, y usted no le ve nunca; su hijo de usted, cuya voz no ha oido usted mas que dos ó tres veces...

CARL. Papá!

CONDE. Ah! Esa es la voz! Hijo de mi alma! (El niño se sienta sobre las rodillas del Conde.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, CONDESA y ROSITA.

CLARA. Entra, hija mia, entra y échale la bendicion á este arrepentido!

CONDE. Matilde! (La niña queda oculta tras el vestido de la Condesa.)

COND. Qué pena pasé! No sabes? Ha estado tres dias enfermo; por eso le he traido.

CONDE. Y has hecho muy bien, porque ya no quiero que se separe de nuestro lado! Qué alto está y qué guapo! Dele usted á mi mujer ese trapo.

CLARA. Hija mia, perezca el pañuelo de listas azules. Ya que no la podamos quemar á ella hagamos auto de fe con él. Tu marido ha recibido esta noche otro.

CONDE. (Á Clara con temor.) ¡Chist!

COND. Ah! el otro?

CLARA. Y lo ha encontrado precioso.

CONDE. Pero...

COND. Cuánto me alegro!

CONDE. Eras tú?

COND. No. (Sonriendo.)

CLARA. No.

CONDE. No?

COND y CLARA. No.

CONDE. Pues entónces...

CLARA. Ya que está usted en el buen camino no hemos de negarle la buena noticia. El pañuelo le ha bordado una señorita...

COFDE. Bonita, eh? (Muy alegre En seguida se contiene arrepentido de volver á las andadas.) Ay! Ustedes perdonen.

CLARA. Muy bonita.

CONDE. (Con temor de que se enfaden.) Rubia?

CLARA. Rubia.

CONEE. ¿Jóven?

COND. Acaba de cumplir cinco años.

CONDE. ¡Ah! Quiero verla! Ya sé quién es!

ROSITA. ¡Hola! Quieres ya á mamá!

CONDE. Si, la quiero, la idolatro, y á tí, y á tí, que sois y sereis de hoy más mi existencia toda! (Siéntese un niño sobre cada rodilla.)

CLARA. Vaya, Conde, que en cambio de mis trabajos de paz me hará usted el favor de influir para que asciendan á mi marido!

CONDE. Sí señora, le haré general, arzobispo, lo que usted quiera, porque á usted le debo una nueva era de felicidad y de ventura.

ROSITA. Tienes ya mi pañuelo?

CONDE. Sí, vida mia, tu pañuelo blanco, que se estrena enjugando las lágrimas del arrepentimiento.

COND. Fernando... (Llorando é inclinándose sobre él.)

CONDE. Ay amor mio! (Reclinando la cabeza sobre el pecho de la Condela y mirándola extasiado.)

CLARA. (Al público.) Convengamos en que el corazon del hombre no es más que un violin, cuyo sonido grato ó ingrato depende de la mujer que le toca.

FIN DE LA COMEDIA.

NOTAS.

El autor de esta comedia seria un ingrato si no rindiera un tributo de admiracion á los artistas que la han ejecutado. Todo lo que el autor habia sentido al escribir la obra, todo ha sido desempeñado de una manera tan magistral como completa.

Por un olvido involuntario se ha omitido en la lista de personajes el nombre del niño Adolfo Cebriano, que completa el cuadro final con su delicada voz é interesante figura.

Los directores de escena puede dirigirse al autor para adquirir todos los detalles necesarios y poner la obra con el gran cuidado que requiere.

OBRAS DE EUSEBIO BLASCO.

La mujer de Ulises. (Tercera edicion.)	En un acto en verso.
La tertulia de confianza.	En tres actos en verso.
El jóven Telémaco. (Cuarta edicion.)	Zarzuela en dos actos en verso.
Un jóven audaz	Jugueté en un acto en verso.
El amor constipado	En un acto en verso.
El vecino de enfrente. (Segunda edicion.)	En un acto en verso.
La suegra del diablo	Zarzuela en tres actos en verso.
Pablo y Virginia	Zarzuela en dos actos en verso.
Los novios de Teruel	Zarzuela en dos actos en verso.
Los caballeros de la tortuga	Zarzuela en tres actos en verso.
El oro y el moro	Comedia en un acto, en verso.
Los progresos del amor	Zarzuela en tres cuadros, en verso.
La señora del cuarto bajo	Pasillo cómico, en un acto y en verso.
El pañuelo blanco	Comedia en tres actos en prosa.

LIBROS.

Una señora comprometida.
Del amor y otros escesos.
Cuentos alegres.
El libro del buen humor.
Arpegios.
Del Suizo á la Suiza.
La camisa de un hombre feliz.
La farsa religiosa.

PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

acete.	R. S. Perez
ılá de Henares.	Z. Bermejo.
oy.	J. Martí.
ciras.	R. Muro.
ante.	J. Gossart.
agro	A. Vicente Perez.
eria.	M. Alvarez.
újar.	A. Casas.
quera.	J. A. de Palma.
ıjuez.	J. Gullon.
a.	S. Lopez.
es.	M. Roman Alvarez.
ajoz.	F. Coronado.
za.	J. R. Segura.
uastro	G. Corrales.
celona.	Viuda de Bartumeus y Cerdá.
r.	J. Génova
ao.	E. Delmas.
yos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
a.	B. Montoya.
res.	H. G. Perez.
z.	Verdugo y Compañía.
tayud.	F. Molina.
rias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
sona.	J. M. Eguiluz.
tino.	E. Torres.
agena.	A. Mellado y Orcajada
ellon.	J. M. de Soto.
rourdiales.	L. Ocharán.
z.	M. Garcia de la Torre.
ad-Real.	P. Acosta
loba.	C. Barberini, y M. Garcia Lovera.
uña.	J. Lago.
ca.	M. Mariana.
.	J. Giuli.
ol.	N. Taxonera.
eras.	M. Alegret
na.	F. Dorca.
ı.	Crespo y Cruz.
ada.	J. M. Fuensalida y Viuda é Hijos de Zamora.
alajara	R. Oñana.
una.	N. Ceballos.
.	P Quintana.
va.	J. P. Osorno.
ca.	R. Guillen.
.	R. Martinez.
a.	J. Perez Fluixá.
.	F. Alvarez de *Sevilla.*
.	Minon Hermano.
ia.	J. Sol é hijo.
res.	J. Orrllana y Sanchez.
oño	P. Brieba.
z.	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabezas.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y P. de Moya.
Manila (Filipinas).	M. Palmas.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Peralta y Menendez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert.
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Cordoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. María.	P. A. Raposo.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prius.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez.
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	J. Gay.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	J. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	V. Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	E. Cruz Hermanos.
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	J. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	J. Oquendo.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	Y. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID

ibrerías de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.

